

MIEDO EN LA CARNE

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© 2026, Jesús Diamantino
Derechos exclusivos de edición
© 2026, Editorial Planeta Chilena S. A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile

Diseño de portada: Isabel de la Fuente
Diagramación: Sergio Leiva Whittle

1ª edición: septiembre de 2026

ISBN: 978-956-429-021-8
RPI: 2026-A-6064

Impreso en: CyC Impresores Ltda.

JESÚS DIAMANTINO

MIEDO EN LA CARNE

**LAS MÁSCARAS DEL TERROR Y
LOS NUEVOS MONSTRUOS**

Es tan divertido asustar como que te asusten.

VINCENT PRICE

Tal vez este mundo es el infierno de otro planeta.

ALDOUS HUXLEY

*A Cinthya, quien me acompaña desde la infancia
en la oscura y hermosa senda del terror.*

Índice

En la puerta oscura	13
I. La persistencia del miedo	25
Mi miedo, nuestros miedos	25
Hacia una definición del terror	32
Transgresiones	37
La transgresión del tiempo y el espacio	37
La transgresión del cuerpo	44
La transgresión de lo civilizatorio	47
II. La danza macabra	51
La sombra de la peste	51
La pandemia olvidada	60
Los maltrechos zombis	66
Los amados muertos	74
Todos mueren	81
III. La huella del monstruo	83
El nacimiento	83
Vampiros. ¡Porque la sangre es vida!	88
El síndrome Frankenstein	107
Cthulhu vive	127
A modo de epílogo	137
Declaración personal sobre el miedo	137
El verdadero terror	144
Obras citadas	147

En la puerta oscura

Querida lectora, querido lector:

Partamos con algunas preguntas: ¿Cuál es tu miedo más profundo? ¿Qué palpita dentro de ti y emerge cada vez que sientes miedo?

Todos tenemos algo que nos asusta, que nos inquieta o, en mayor o menor medida, nos incomoda. Sin embargo, quizás no sea tan fácil responder, porque el miedo suele ir unido a otros sentimientos que se enquistan en él y lo transforman en un monstruo mutante de emociones: la angustia, la rabia, la tristeza, la frustración, entre otras.

El miedo pareciera extenderse más allá de sí mismo y dominar de manera dictatorial todas las demás emociones. Como afirmó H. P. Lovecraft, se trata de la emoción más poderosa del ser humano; pero no cualquier miedo, sino el miedo a lo desconocido. Es ahí donde este alcanza una complejidad superior, porque, si bien podemos identificar con cierta claridad por qué nos sentimos enojados o decepcionados, qué nos causó tristeza e incluso cuál puede ser el origen de nuestra angustia, la causa del miedo no siempre resulta reconocible. Y es que no solo estamos hablando de una emoción instintiva, sino también arcaica, pretérita, una fuerza que nos acompaña constantemente y define nuestro comportamiento y nuestro lugar en el mundo.

El miedo está unido a nosotros como un vínculo inquebrantable. Entonces, ¿puede combatirse? No lo sé con exactitud,

pero sí estoy consciente de que, hasta cierto punto, podemos enfrentarlo y aprender a lidiar con esa emoción.

Probablemente, una de las primeras instancias en que combatimos nuestros miedos es a través de las historias. El ser humano es un ser «narrativo»: su naturaleza está atravesada por la necesidad de contar. Desde los albores de la civilización, narrar ha sido uno de nuestros principios fundamentales. El mito, por ejemplo, articulaba una visión de mundo y otorga explicación a la realidad; las deidades son representaciones simbólicas de la naturaleza, de la vida y de la muerte como principios universales, algunas vigentes hasta hoy. El poder del relato radica, precisamente, en canalizar nuestras emociones y temores a través de la ficción, el testimonio y la representación de nuestro universo interior.

Mi acercamiento al miedo como una emoción poderosa y fascinante ocurrió en la infancia, cuando, en la zona rural donde crecí se cortaba la electricidad por la tarde y quedábamos sumidos en la penumbra hasta el día siguiente. Sin postes de luz ni otra forma de iluminación, la oscuridad nos obligaba a refugiarnos junto a las velas, al crepitar del fuego de una cocina a leña y bajo el peso de la noche que caía sobre la casa.

Ahí, rodeados de álamos y espinos, con el sonido vibrante de un canal de regadío, las aves nocturnas rompiendo el silencio con sus chillidos y los ladridos lejanos de los perros, la matriarca de mi familia, mi abuela, reunía a todos sus nietos para relatarnos historias de terror. Muchas de esas historias siguen vivas en mi memoria, como la de una mujer fantasma que lloraba encaramada en los perales, similar a la famosa Llorona; el espectro bramaba por la muerte de sus hijos, que, supuestamente, muchos años atrás se habían ahogado en un canal de regadío. También estaban las apariciones de un perro gigante, negro, de ojos llameantes y enormes fauces que surgía en el camino principal que llevaba a la parcela.

Mi abuela contaba, también, acerca de los chonchones, esas cabezas aladas de los brujos que, según ella, sobrevolaban la casa para lanzar maldiciones. Nos advertía que jamás les habláramos ni nos burláramos de ellos, porque de seguro el brujo

aparecería al día siguiente en la puerta de la casa para cobrar la injuria. Recuerdo también la historia de un bulto negro que se arrastraba por el suelo, sin forma aparente, como una especie de manta viviente que envolvía algo terrible y bloqueaba el paso de quienes solían deambular por la noche. Tampoco podían faltar los duendes que se escabullían por la cocina para robar comida; si teníamos la mala suerte de sorprenderlos, nos echarían un mal.

Y, por supuesto, estaba el más aterrador de todos: el Diablo. Un hombre vestido de negro, alto, de ojos rojos y gran sonrisa, que solía pasearse por los sembradíos para recoger verduras durante la noche. Si uno se lo encontraba, irremediablemente se lo llevaba consigo a su casa de fuego y negrura.

Cada historia venía acompañada de una advertencia: no podíamos salir de noche, no podíamos portarnos mal. Además, cada una le había ocurrido a alguien cercano a ella: un primo, su madre, su padre, sus abuelos, gente próxima cuya existencia funcionaba como evidencia irrefutable. Mis primos lloraban de miedo, mientras mi abuela, con su voz tenue y melodiosa, narraba con maestría y convicción. Hacía pausas para construir la tensión, nos miraba con intensidad, con sus pupilas negras observando el miedo que crecía en nosotros. Pero en mí, creo, veía otra cosa: una fascinación que aumentaba cada vez que nos reuníamos. Casi siempre terminaba quedándome solo escuchándola, y ella advertía el impacto que sus historias tenían en mí.

Yo la acompañaba siempre durante el día, cuando alimentaba a las gallinas, regaba las plantas del jardín o cocinaba. A nuestro lado iban sus perros y un gato negro que recuerdo hermoso e imponente, el verdadero amor de mi abuela, que la seguía a todas partes como una mascota brujeril. Y sí, mi abuela tenía mucho de bruja, en sus relatos y en su vida. Aquella parcela, que yo veía como una isla apartada del mundo, estaba llena de sus pequeños conjuros cotidianos, como poner sal bajo la escoba para ahuyentar a las visitas que no se marchaban nunca. ¡Juro que resultaba!

La recuerdo escabulléndose entre los matorrales, observando aquello que para muchos era invisible. La recuerdo devota en la iglesia durante la misa del gallo. La recuerdo cada mañana

desayunando en mi casa, hablando del clima, de mi abuelo y de otros asuntos que ya no puedo precisar. Pero lo que más persiste en mi memoria es el hechizo de su habilidad para narrar, para crear espacios siniestros, para envolverme en la belleza del horror. Allí el miedo se colaba en mí con calidez y asombro; un asombro que, hasta el día de hoy, no me abandona.

Luego llegaron a mí los suplementos de mitos y leyendas del diario *La Cuarta*, que devoraba en soledad en el patio. Después, cuando por fin tuvimos televisión, veía el programa *¿Y... si fuera cierto?*, una serie documental emitida por TVN y dirigida por Silvio Caiozzi, en la que se abordaban asuntos paranormales.

Hubo un episodio particularmente aterrador, que hasta el día de hoy me quita el sueño y, de hecho, fue la idea original de mi libro *Demoníaco*. En él, un grupo de investigadores se internaba en una iglesia de la V Región para intentar documentar voces fantasmales que supuestamente se colaban desde el piso. Los feligreses e incluso el cura decían que aquel coro de espectros solía escucharse con frecuencia, como si se tratara de una misa infernal celebrada bajo las tablas.

Los periodistas instalaron un micrófono con una grabadora para registrar los sonidos, pero no consiguieron captarlos. Sin embargo, mostraron un registro grabado más de una década antes en el mismo lugar, donde se oía con claridad aquel orfeón que emergía desde el suelo. Nunca olvidaré ese sonido: plural, caótico, inconexo; un coro horrible e irreproducible, como salido de la misma boca del averno. Esa vez me paralicé de miedo.

Más tarde, ya casi de adolescente, me acerqué a la literatura. Llegó a mis manos una antología de cuentos de terror de autores clásicos que todavía conservo y que me abrió las puertas a un mundo insondable de goce y sugestión: Mary Shelley, Lovecraft, Bierce, Stevenson, Maupassant, Stoker. Leía esos relatos una y otra vez, anonadado, con una emoción creciente por seguir descubriendo aquel universo. Luego accedí a más libros, que mis padres compraban en ferias improvisadas de la Vega Central. Así llegaron *Drácula*, las *Narraciones extraordinarias* de Poe y otras compilaciones.

Sin saberlo mi camino ya se había forjado. Prefería leer esos libros en el patio del colegio rural durante los recreos, sin importarme las burlas y, muchas veces, los golpes de mis compañeros. También estaba el cine: los VHS que mi papá arrendaba cada fin de semana. Poco a poco, fui persuadiéndolo para reemplazar las películas infantiles por tramas de horror. Así conocí a Freddy Krueger, Jason Voorhees, Michael Myers, los Critters, los Gremlins y tantas otras criaturas del terror ochentero y noventero que ya no colmaban solo mis pesadillas, sino cada dimensión de mi vida.

Así, las historias de terror se convirtieron en un refugio y también en mi manera de entender el mundo. Quizás muchos lectores pensarán que el terror me marginó hacia una zona oscura, que me volvió taciturno; perverso, incluso. Pero lo cierto es que aquello que veo en el género no es una simple atracción por la oscuridad humana. De hecho, siempre he dicho públicamente que soy muy miedoso: me asustan la oscuridad, los pájaros muertos, los ratones y, de una manera muy extraña, el crepúsculo, ese intertanto en que la luz del día se extingue poco a poco, como una vida que se arrebata. El descenso de la luz que da paso a la oscuridad me perturba desde que tengo memoria.

Lo que me atrae del terror es su potencial simbólico: no el monstruo en sí, sino aquello que representa, lo que dice de nosotros y la manera en que nos vemos reflejados en él. Desde niño, cuando por accidente vi *El exorcista* porque a alguien en la tienda donde mi papá alquilaba películas se le ocurrió hacer la broma de introducirla dentro de la caja con la carátula de *Dumbo* —aunque Dumbo ya es bastante perturbadora—, vi en lo monstruoso una vía de escape de la realidad, una especie de extensión natural de nuestros miedos. Y sí, más allá de cualquier explicación neurológica o psiquiátrica, me parece que enfrentar el miedo en la ficción es profundamente terapéutico. De hecho, si no fuera así, ¿cómo explicamos el masivo consumo del terror?, ¿cómo explicamos la industria del espanto en sus distintos formatos y su impresionante ascenso?